

Andrés MEDINA HERNÁNDEZ, (coord.), *La memoria negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2007.

Esta obra es producto de un esfuerzo colectivo conducido por Andrés Medina, quien con el apoyo de Teresa Romero, Hernán Correa y Teresa Losada –a cuya memoria está dedicado este volumen– entrega los frutos de un trabajo de investigación sobre los pueblos originarios del Distrito Federal, que entusiastamente se ha impulsado desde hace varios años en el Seminario de Etnografía de la Cuenca de México, cuya sede es el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El libro contiene ocho trabajos, varios de ellos resultado de investigaciones de tesis, articulados por el interés mostrado por sus autores en avanzar en el conocimiento de los pueblos originarios de la capital y en especial por reflexionar en torno a dos ejes de investigación: los contenidos y la manera en que se reproduce una cosmovisión de origen mesoamericano en diversos ámbitos de la vida de estas comunidades y la forma y funcionamiento adoptado por el sistema de cargos y otras organizaciones comunitarias, en estos asentamientos cuyos habitantes, todavía al mediar el siglo pasado, se dedicaban fundamentalmente al trabajo agrícola.

Andrés Medina encabeza los artículos compilados en el volumen con un interesante ensayo que contiene información acerca de la historia, la vida sociocultural y la dinámica política de los pueblos originarios, así como valiosas orientaciones teóricas y metodológicas para su estudio. Este trabajo, sin duda, se convertirá en referencia obligada en las investigaciones que en el futuro se emprendan sobre estos asentamientos, cuyos dirigentes recientemente adoptaron el nombre de pueblos originarios del Distrito Federal, categoría identitaria con la cual emergieron al campo político de la capital, impulsando un movimiento en el cual reivindican o reclaman un reconocimiento a sus derechos políticos y a sus especificidades culturales.

Una parte importante de sus especificidades culturales la constituyen un número considerable de festividades, en las que se despliegan símbolos con un significado construido y compartido comunitariamente que reproduce nociones culturales de viejo cuño, aunque ciertamente éstas se han transformado y adaptado al contexto globalizado actual. Para su estudio el autor propone una tipología que agrupa a las celebraciones en seis ciclos festivos y cuya elaboración se basa en la comparación de una rica y abundante información etnográfica.

La vida ritual de los pueblos originarios tiene una base organizativa propia, el sistema de cargos, cuyo conocimiento y análisis es otra de las preocupaciones de Medina. Este sistema, llamado también jerarquía cívico-religiosa, ha sido ampliamente estudiado por la antropología pero, como bien lo indica el autor, las investigaciones referidas a ella se han orientado a establecer modelos estructurales generalizables, pues se trata de una organización cuyo funcionamiento sólo puede ser comprendido en coyunturas históricas y contextos regionales específicos. En este sentido, Andrés Medina ofrece un modelo regional tentativo sobre el sistema de cargos en los pueblos del Distrito Federal, el cual se caracteriza por carecer de escalafón y porque, entre otras cosas más, muestra una gran complejidad fundamentalmente en el plano horizontal.

El coordinador del volumen, además, hace una serie de interesantes reflexiones en torno a la llamada Reforma política del Distrito Federal, acerca de sus efectos en los pueblos originarios —como la creación del cargo de Coordinador Territorial— y sobre la lucha sostenida por los nativos de estos asentamientos para resolver sus problemas de representación política, temática que ciertamente es un problema relevante de investigación en espera de ser ampliamente estudiado.

Enseguida, Eliana Acosta desarrolla un trabajo de carácter histórico, en el cual muestra que el dominio español sobre Milpa Alta fue resultado de una negociación política, por la cual los nativos se apropiaron del cristianismo a cambio de conservar su territorio; así lo dejan ver los relatos contenidos en los Títulos Primordiales de la zona, documentos escritos por los nativos, muy probablemente en el siglo XVII, en los cuales se narra, entre otras cosas, la aparición de la virgen de la Asunción, la patrona de Milpa Alta. Con acierto, Acosta propone que a partir de la adopción del culto a esa virgen, se configuran un tiempo y un espacio originarios, a la vez que se sientan las bases para la conformación de una identidad comunitaria y una tradición religiosa que involucra la continuidad de prácticas y creencias de viejo cuño, pero que también trae consigo cambios e innovaciones. El primer proceso tiene que ver con la generación de un imaginario fundacional, recreado en la idea, mantenida hasta nuestros días, de que santos patronos y templos simbolizan el origen de los pueblos milpaltenses al tiempo que marcan su centro. El segundo proceso da cuenta de la profundidad histórica y del arraigo alcanzado por algunas nociones culturales que desde la Colonia se reproducen en la religión comunitaria de los nacidos en Villa Milpa Alta. Ciertamente, quienes hemos trabajado en ese pueblo sabemos, como lo afirma Acosta, que para los milpaltenses contemporáneos, al igual que para sus antepasados, la virgen de la Asunción, su patrona, es la dadora del agua, creencia que se reactiva en la procesión realizada

en su fiesta, durante el mes de agosto, cuando los andantes esperan que la imagen les envíe la lluvia, que como todos los años los moja en su recorrido.

El trabajo de Acosta es una contribución importante para el estudio de Milpa Alta, región sobre la cual prácticamente no se han elaborado investigaciones históricas. Nos acerca a la comprensión –sin caer en interpretaciones esencialistas– del proceso mediante el cual se generaron y se han reproducido, hasta la fecha, prácticas y nociones que como el culto a los santos hablan de la continuidad de creencias sintetizadas durante la Colonia a partir de la fusión de elementos culturales mesoamericanos y cristianos.

Si bien existen investigaciones acerca del agua en la cuenca de México, hoy más que nunca es urgente avanzar y profundizar en el conocimiento de la forma en que se ha usado este recurso y los conflictos generados a partir de su aprovechamiento; muchos de ellos tienen una larga historia, así como una compleja y profunda causalidad que es necesario considerar en aras de lograr su resolución. Ciertamente, en el Distrito Federal y en particular los pueblos situados al sur, la escasez de agua potable es constante y es motivo de infinidad de enfrentamientos. De ahí que el trabajo de Hernán Correa –quien participa en este volumen con una aguda exploración acerca del control ejercido sobre el agua y los usos dados a este recurso por diversos actores sociales en diferentes momentos históricos– en una microcuenca ubicada en las cumbres del Ajusco, constituya una aportación importante para formular, como lo sugiere él mismo “un marco general para la revisión, interpretación y solución de conflictos por el agua” (Medina, 2007: 201).

De especial importancia para comprender la escasez del líquido que priva actualmente en los pueblos originarios del sur del Distrito Federal, es el trabajo aportado por Correa acerca de la política centralizadora generada durante el Porfiriato, misma que tuvo continuidad después de la Revolución y que se tradujo en un proceso de afectación de las fuentes de agua de los pueblos ubicados en los márgenes de la capital, que alcanzó su punto culminante a mediados del siglo pasado y cuyos devastadores efectos ecológicos son fuertemente resentidos en la actualidad. Hoy en día, buena parte de las fuentes de agua de estos pueblos se han agotado o se han canalizado para satisfacer las necesidades de los habitantes del centro de la ciudad o por los desarrollos inmobiliarios que han ido expandiéndose sobre las tierras de cultivo de esa región, sin que los antiguos poseedores de los manantiales hayan podido resolver siquiera medianamente sus necesidades de agua. El trabajo de Correa plantea la imperiosa necesidad de estudiar una problemática –la escasez de agua en la capital– de cuya resolución sin duda depende no sólo el futuro de los pueblos originarios, sino de todo el Distrito Federal.

El siguiente artículo, escrito por Teresa Romero, ofrece una pormenorizada etnografía acerca del proceso de actualización del sistema de cargos en Los Reyes, Coyoacán, pueblo urbano que todavía en la década de los cincuenta tenía como principal actividad económica la agricultura y en el que actualmente sus habitantes se encuentran totalmente integrados a las actividades económicas ciudadanas. Este trabajo es profundamente revelador ya que muestra la habilidad que han tenido los nativos de ese pueblo para adaptar a la modernidad una organización comunitaria tradicional que, como el sistema de cargos, conjuga actividades civiles y religiosas. La autora observa que el complejo organizativo del asentamiento, cuando menos desde la década de los treinta, se compone de organismos civiles y religiosos cuya separación responde a una formalidad administrativa o gubernamental, ya que en los hechos ambos tipos de organismos están estrechamente vinculados entre sí: son las mismas personas quienes suelen ocupar sus cargos. Más aún, Teresa Romero informa que el Comité de Festejos, instancia encargada de rendir culto al Señor de las Misericordias, se transformó hace algunos años en asociación civil, ya que con este cambio la organización adoptó una forma legalmente aceptable para negociar con el gobierno del Distrito Federal sin que esta transformación implicara, como textualmente lo dice la autora “la pérdida de los objetivos relacionados con la vida interna del asentamiento, como lo es la reproducción de la vida sociocultural expresada en el cumplimiento de su ciclo festivo anual” (Medina, 2007: 240).

La temática del siguiente artículo escrito por Rosalba Tadeo es nuevamente el sistema de cargos, sólo que en este caso la autora nos presenta una acuciosa descripción acerca de la composición y funciones de esta organización en San Juan Ixtayopan, pueblo situado en la delegación Tláhuac, en donde la compleja estructura organizativa actualmente encargada del culto a los santos es relativamente nueva: empezó a conformarse a mediados de la centuria pasada. En la primera mitad del siglo XX—nos dice Tadeo— Ixtayopan era una unidad compacta carente de barrios, en donde sólo existía una pequeña mayordomía encargada de festejar la Renovación de la Virgen de la Soledad. Pero a partir de los cuarenta, cuando empezaron a conformarse los barrios integrantes del pueblo, el número de festividades empezó a crecer; los habitantes de cada barrio adoptaron el culto a un santo patrón, construyeron su capilla y organizaron una mayordomía. De manera que hoy en día, cuando el avance de la urbe sobre las tierras agrícolas del asentamiento es un hecho innegable, el número de mayordomías presentes en Ixtayopan, no sólo no ha disminuido, sino que ha aumentado, al tiempo que las festividades se han fortalecido.

El sistema de cargos es una estructura organizativa que ha desempeñado un papel de primer orden en la continuidad articulada de los pueblos originarios del Distrito Federal. La recuperación, expansión y actualización de estas organizaciones comunitarias, cuyos integrantes se plantean defender la propiedad social, al tiempo que se ocupan de mantener y reactivar las prácticas festivas del pueblo, en las cuales se reproducen símbolos de profunda densidad histórica y generadores de procesos y sentimientos de identidad, nos hablan de una organización capaz de conducir luchas y de impulsar estrategias de resistencia, orientadas a mantener el control del territorio propio en el contexto cada vez más urbanizado del Distrito Federal.

En el siguiente trabajo que lleva por nombre “La apertura de los posibles. Cosmovisión y ritual en Milpa Alta”, Teresa Losada presenta una interesante entrevista con Artemio Solís, nativo de esa delegación quien concibe a la Virgen de la Asunción, la patrona de los pueblos milpaltenses, como Tonantzin y quien considera que las ceremonias características de su fiesta nos hablan de la cercanía de la veintena Xocotl. Esta narración muestra la forma adoptada por el pensamiento de la mexicanidad en Milpa Alta, al tiempo que señala la importancia de estudiar los matices locales desarrollados por este movimiento socio-religioso que entiende a lo mexicano como lo prehispánico —específicamente como lo azteca— (De la Peña, 2002: 11) y que en las últimas décadas ha alcanzado cierto arraigo en algunos pueblos originarios del Distrito Federal.

El aula escolar es el espacio en el cual Gloria Ornelas estudia el rejuego de cosmovisiones experimentado por los niños de sexto grado de primaria de la escuela Tiburcio Montiel, plantel ubicado en San Andrés Totoltepec, pueblo de la delegación Tlalpan. De especial importancia para entender el proceso de enfrentamiento o negociación de los valores propios de una visión del mundo fraguada históricamente en el contexto local y los construidos al exterior por el aparato gubernamental, a través de la Secretaría de Educación Pública y en los que se enfatizan nociones nacionalistas, fue la observación de la ceremonia del Día de la Bandera, el Día de las Madres y las actividades mediante las cuales los alumnos festejaron la conclusión de su formación primaria.

La autora puso especial atención en describir los esfuerzos desplegados por maestros y padres de familia para organizar las festividades escolares, destacando las contradicciones o dificultades sorteadas para que las ceremonias se realizaran sin contravenir la normatividad de la Secretaría de Educación Pública, pero cubriendo las expectativas comunitarias, es decir aquellas que se fincan en una axiología construida localmente, sobre la base de lo que se considera tradición propia. En los pueblos originarios y a diferencia de lo que ocurre en el resto del

Distrito Federal, las ceremonias escolares –como se advierte en este trabajo– se han integrado a la vida sociocultural del asentamiento; son parte del ciclo festivo del lugar y, por lo mismo, en su realización suelen intervenir las organizaciones locales o las autoridades delegacionales.

En el último artículo, Mario Ortega desarrolla una interesante etnografía acerca del ciclo festivo de Santiago Tzapotitlán, pueblo localizado en la delegación Tláhuac; una comunidad estrangulada por el crecimiento urbano en la cual la agricultura ya no es una actividad relevante, pero en donde las fiestas aún permiten establecer correlaciones entre el ciclo agrícola del maíz y el ciclo cósmico. En este trabajo se destaca la organización dual de Tzapotitlán. El autor nos habla de los dos barrios constitutivos del poblado; de las dos figuras patronales veneradas y da cuenta de la rivalidad presente en el interior de un complejo sistema de cargos, compuesto por doce mayordomías pertenecientes al barrio de Santiago y once al de Santa Ana. Esta organización ceremonial habla de un rasgo distintivo de la cosmovisión mesoamericana, que muy probablemente está presente en Tzapotitlán desde tiempos prehispánicos, pero en cuya reproducción ahora desempeñan un papel fundamental los ingresos obtenidos por los nativos en el desarrollo de actividades propias de la vida moderna. El autor nos informa que las fiestas (esto es uno de los campos en los que rivalizan los dos barrios del pueblo) se han engrandecido gracias a los ingresos obtenidos por los nativos en su trabajo citadino, muchos de los cuales son empleados de Teléfonos de México.

Los trabajos incluidos en este volumen tienen el acierto de mostrar la persistencia y vitalidad actual de los pueblos originarios del Distrito Federal, asentamientos en donde se recrean nociones culturales de profunda densidad histórica, al tiempo que sus nativos generan mecanismos de adaptación a la modernidad, así como estrategias de lucha que sorprendentemente les han permitido continuar reproduciendo una forma de vida comunitaria en el interior de la megalópolis en que se ha convertido la capital de nuestro país.

REFERENCIAS

MEDINA HERNÁNDEZ, ANDRÉS (COORD.)

2007 *La memoria negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*. IIA-UNAM, UACM, México

PEÑA, FRANCISCO DE LA

2002 *Los hijos del Sexto Sol*. Colección Científica núm 444, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Mette Marie Wacher Rodarte